

Fablehaven

LOS SECRETOS
DE LA RESERVA
DE DRAGONES

Brandon Mull

Ilustrado por Brandon Dorman

Traducción de Inés Belaustegui



Rocaeditorial



1

Diario

Kendra Sorenson frotó con un movimiento rápido y enérgico la cabeza de una cerilla de madera contra la superficie áspera de uno de los laterales de una caja rectangular de fósforos. Haciendo pantalla con la otra mano para proteger la llama, sostuvo la cerilla encendida junto a la mecha renegrida de un cabo de vela. En cuanto la llama prendió en la mecha, agitó la mano para apagar la cerilla y unos finos hilillos de humo describieron volutas ascendentes.

Sentada ante la mesa de su cuarto, observando lo que había quedado de la cerilla, Kendra se maravilló de lo rápido que el fuego había consumido la madera, dejando frágil y carbonizado el tercio superior del fósforo, transformada su materia en algo irreconocible. Reflexionó acerca de la plaga que había asolado Fablehaven, que en un abrir y cerrar de ojos había convertido a muchos de los habitantes de la reserva mágica que eran seres de luz en criaturas de las tinieblas. Ella y su familia y sus amigos habían logrado detenerla antes de que acabara con la reserva, pero sus esfuerzos le habían costado la vida a Lena, la náyade.

Bruscamente, Kendra abandonó sus ensoñaciones y dejó la cerilla quemada a un lado, introdujo tres llavecillas en un diario, lo abrió y se puso a hojear a toda velocidad sus páginas. Esta era su última vela umita; no podía permitirse el lujo de desaprovechar la iluminación especial que tornaba visibles las palabras inscritas en las páginas.

Se había traído a casa el *Diario de secretos de Fablehaven*. En su día había pertenecido a Patton Burgess, antiguo respon-

sable de Fablehaven a quien Kendra había conocido por sorpresa cuando él había viajado hacia delante en el tiempo, a finales del verano anterior. Escrito en un idioma secreto del mundo de las hadas, las palabras que recogía el diario quedaban todavía más camufladas al haber sido inscritas con cera umita. Solo a la luz de una vela de cera umita aparecían las letras a la vista, y únicamente en virtud de su estatus de miembro del reino de las hadas podía Kendra descifrar su significado.

Leer y hablar idiomas del mundo de las hadas eran solo algunas de las habilidades que le habían sido concedidas a Kendra cuando centenares de hadas gigantes la habían cubierto de besos. Veía en la oscuridad. Determinados trucos mentales mágicos no surtían efecto en ella, y podía ver más allá de las ilusiones, que ocultaban de la vista de los mortales a prácticamente todas las criaturas mágicas. Y las hadas estaban obligadas a obedecer cualquier orden que ella emitiese.

Kendra miró por encima de su hombro para comprobar que no hubiera nadie y aguzó el oído unos segundos. La casa estaba en silencio. Su madre y su padre habían adoptado la costumbre de practicar *jogging* en el polideportivo las tardes-noches de entresemana, con la esperanza de hacer de ello un hábito antes de Año Nuevo. Ella dudaba de que semejante resolución fuese a durar más allá de un par de semanas, pero de momento le proporcionaba una oportunidad para examinar el diario sin que nadie la molestase. Sus padres no sabían nada del universo mágico que ella y su hermano habían descubierto. Como consecuencia, el día que la sorprendieron leyendo a la luz de una vela un libro lleno de símbolos extraños, pensaron que se había metido en algún tipo de culto extraño. Imposible plantearse explicarles que ese libro en realidad contenía los secretos de un antiguo responsable de Fablehaven. Como no quería que sus padres le confiscasen el diario, Kendra fingió que lo había devuelto a la biblioteca, y había empezado a leerlo solo cuando estaba segura de poder pasar un largo rato a solas.

Dado que la presencia de sus padres reducía su tiempo de lectura, y como disponía de suministros limitados de velas, Kendra aún no había leído todo el contenido del diario de cabo a rabo, aunque sí que había echado un vistazo al conjunto. Es-

taba familiarizada con la voz del diario, pues había leído muchas entradas en algunos de los diarios menos secretos de Patton, en Fablehaven. Cuando había ojeado el *Diario de secretos*, Kendra había encontrado el pasaje en el que Patton narra con pelos y señales cómo Ephira se había convertido en un peligroso espectro, sin omitir ni un solo detalle escalofriante, y también varios párrafos en los que manifestaba sus temores más profundos acerca de su relación con Lena. Kendra había leído también que existía un pasadizo que llevaba a una gruta subterránea ubicada debajo de la vieja casona, así como una serie de alijos de tesoros y armas escondidos en diversos puntos de Fablehaven, además de un estanque a los pies de una pequeña cascada en la que un intrépido cazafortunas podría atrapar a un leprechaun. Había encontrado información sobre una cámara secreta al fondo del Pasaje del Terror, en las mazmorras de Fablehaven, así como las contraseñas y las instrucciones para acceder a ella. Leyó acerca de viajes a lugares remotos, como la India, Siberia o Madagascar.

4 Se empapó de información sobre diferentes reservas ubicadas en los rincones más distantes del planeta. Y leyó detenidamente teorías relativas a posibles amenazas y villanos, entre otros muchos supuestos complots diseñados por la Sociedad del Lucero de la Tarde.

Esa noche, con la vela umita casi pegada a la página, eligió su entrada favorita del diario y leyó las palabras manuscritas por Patton con su letra tan familiar:

Habiendo regresado hace escasas horas de una singular aventura, me hallo ahora incapaz de contener el impulso de exponer mis pensamientos. Rara vez me he planteado la pregunta de a quién pretendo dirigir la información encubierta compilada en este diario. En las ocasiones en que me he detenido a considerar la cuestión, he llegado a la vaga conclusión de que estaba garabateando estas notas para mí mismo. Pero ahora sé que estas palabras tendrán una destinataria y que su nombre es Kendra Sorenson.

Kendra, para mí esta constatación es emocionante y, al mismo tiempo, me llena de preocupación. Te enfrentas a una época plagada de desafíos. Parte de los conocimientos que poseo podrían ayu-

darte. Lamentablemente, muchos de esos mismos conocimientos podrían colocarte también ante peligros inenarrables. Una y otra vez mantengo conmigo mismo encendidas discusiones en las que trato de discernir qué información te garantizará una ventaja sobre tus adversarios y qué información podría poner en mayor peligro aún tu situación. Mucho de lo que sé puede provocar más perjuicio que beneficio.

Tus enemigos de la Sociedad del Lucero de la Tarde no se arrearán ante nada para apoderarse de los cinco objetos mágicos que, juntos, pueden abrir *Zzyzx*, la prisión del gran demonio. En el momento de nuestra despedida, que nosotros supiéramos solo habían conseguido un objeto mágico, mientras que tu abuelo estaba en posesión de otro. Dispongo de información acerca de dos de los objetos mágicos que os faltan, y probablemente podría obtener más información con un poco de esfuerzo. Con todo, dudo si debo compartirla contigo. Si tú o los otros intentáis ir a por los objetos mágicos o protegerlos, sin querer podríais conducir a vuestros enemigos hasta ellos, o bien podríais resultar heridos en vuestro intento por cogerlos. Por otro lado, si la Esfinge está buscando con avidez los objetos mágicos, me siento inclinado a creer que tarde o temprano logrará lo que se propone. En determinadas circunstancias, disponer de mis conocimientos beneficiaría vuestra causa, con el fin de mantener los objetos mágicos lejos de su alcance.

Así pues, Kendra, he optado por confiar en tu juicio. No voy a incluir detalles concretos en este diario, puesto que ¿quién podría resistirse a un acceso tan tentadoramente cómodo, al margen de la integridad de dicha persona? Pero en la cámara oculta que hay al otro lado del Pasaje del Terror dejaré, camuflados, los detalles relativos a los lugares en los que se esconden los dos objetos mágicos. Desvela esa información solo si consideras que es absolutamente necesario. De lo contrario, no menciones ni siquiera la existencia de dicha información. Recurre a la discreción, a la paciencia y a la valentía. Mi esperanza es que la información permanezca oculta durante toda tu vida. Si no puede ser así, la información sobre la localización de la cámara secreta te aguarda en otro pasaje de este diario. Ve a la cámara y descubre con ayuda de un espejo el mensaje del techo.

Kendra, ojalá pudiera estar ahí para ayudarte. Tus seres queri-

dos son personas fuertes y capaces. Deposita tu confianza donde corresponda y decide con cabeza. Mantén a raya a ese hermano tuyo. Me siento agradecido de tener una sobrina tan ejemplar.

Kendra tamborileó con los dedos y apagó la vela de un soplado. El taco de cera que quedaba era suficiente para volver a prenderlo otra vez, pero la llama no duraría mucho. Seguramente ahora su abuelo tendría más velas umitas en Fablehaven, pero conseguirlas sería un follón. Se recostó en su silla, mordiéndose el labio inferior. Entre las clases y su trabajo de voluntaria en la guardería infantil, casi no había tenido tiempo para dedicarle al asunto la reflexión que se merecía.

6 Todavía no había compartido con nadie el mensaje de Patton. Él había confiado en su juicio y ella no tenía ninguna prisa por traicionar su confianza. Patton tenía razón: en cuanto se diese a conocer la información sobre la ubicación de los objetos mágicos, más de uno querría ir a por ellos. Y también acertaba con que la Esfinge estaría pendiente de la menor oportunidad para aprovecharse de cualquier intento en este sentido. Mientras no fuese esencial la información sobre los objetos mágicos escondidos, ella no haría nada.

A lo largo de todo el otoño, Kendra se había mantenido en contacto con sus abuelos. Por teléfono no hablaban abiertamente sobre ningún secreto, pero habían encontrado la manera de hacerle llegar las informaciones necesarias sin tener que entrar en demasiado detalle. Desde que se supo que la Esfinge era el cabecilla de la Sociedad del Lucero de la Tarde, toda actividad por parte de dicha sociedad parecía haber cesado. No obstante, todos sabían que la Esfinge estaba ahí, observando y conspirando, aguardando el momento oportuno para atacar.

Dos miembros de los Caballeros del Alba velaban constantemente por la seguridad de Kendra y de Seth, y les pasaban información cuando hacía falta. De momento no se había producido ningún incidente alarmante. Aunque los individuos asignados a su protección iban rotando, al menos uno de los guardaespaldas era siempre alguno de sus amigos de confianza, como Warren, Tanu o Coulter. Los últimos cuatro días, Wa-

rren había estado vigilándolos, junto con una tal Elise, una chica, en teoría, de fiar.

Kendra suspiró. Después de tanto subterfugio en los últimos dos años, se preguntaba si alguna vez volvería a fiarse plenamente de alguien. Quizá por eso también se callaba el mensaje de Patton.

A su espalda algo produjo un leve roce. Se dio la vuelta y vio que alguien había metido por debajo de su puerta una hoja doblada. Cruzó la habitación hasta ella, recogió el papel blanco del suelo, lo abrió y leyó de arriba abajo una lista mecanografiada. A medida que iba leyéndola, iba entornando más los ojos. Salió de su cuarto muy indignada, recorrió el pasillo y se detuvo en el hueco de la puerta abierta de Seth.

—¿De verdad esperas que te regalen un ala delta por Navidad? —preguntó Kendra a su hermano pequeño.

Seth levantó la vista de la mesa, en la que había estado garabateando lagartijas en sus deberes de matemáticas.

—Si no la pido, no, desde luego.

Kendra levantó el papel con la lista.

—¿Quién más ha recibido esto?

—Mamá y papá, por supuesto. Además, mandé copias por correo electrónico a todos nuestros parientes, incluso a unos lejanos a los que localicé por Internet. Y mandé una copia por *e-mail* a Santa Claus, para tener cubiertos todos los frentes.

Kendra cruzó la habitación, se detuvo junto a su hermano y agitó el papel delante de él.

—Nunca habías pedido cosas tan disparatadas. ¿Un juego de palos de golf a medida? ¿Un *jacuzzi*? ¿Una moto deportiva?

Seth le arrebató la lista a Kendra.

—Solo estás enumerando lo más gordo. Si no te llega para regalarme un sillón de masajes, entonces podrías comprarme una cometa, un videojuego o una peli. En mi lista de deseos encontrarás ideas para todos los bolsillos.

Kendra se cruzó de brazos.

—¿Qué estás tramando?

Seth la miró con los ojos como platos, la expresión con la que se mostraba un poco ofendido y que solía poner cada vez que ocultaba algo.

—Limitar lo que recibo por Navidad es una cosa. Limitar lo que pido es otra. ¿Quién eres? ¿El Grinch?

—Normalmente te preparas para la Navidad con un enfoque estratégico, y pides un puñado de regalos que deseas de verdad. Y suele darte resultado. Nunca habías hecho campaña para conseguir nada más caro que una bici o que una consola para videojuegos. Eres realista con tu lista de deseos. ¿A qué se debe este cambio?

—Está usted sobreanalizando, profesora —suspiró Seth, devolviéndole la lista—. Solo pensé que este año no tendría nada de malo que apuntase más alto.

—¿Y por qué mandar la lista a parientes tan lejanos que ni siquiera te conocen?

—Uno de ellos podría ser un multimillonario solitario, ¿quién sabe? Tengo el presentimiento de que este podría ser mi año de suerte.

Kendra contempló a su hermano. Desde el verano ya no parecía un crío. Cada vez estaba más alto, todo él brazos y piernas desgarbados, y su rostro estaba más flaco y el mentón más definido. Durante el otoño no habían pasado juntos mucho tiempo con sustancia. Él contaba con sus propios amigos, y ella ya tenía bastante con acostumbrarse al instituto. Ahora quedaba menos de una semana para el paréntesis de las vacaciones de Navidad.

—No hagas ninguna estupidez —le avisó Kendra.

—Gracias por el brillante consejo —replicó él—. ¿Te importa que te cite en mi diario?

—¿Escribes un diario?

—Tendré que empezar si tú no paras de dispensarme semejantes perlas preciosas de sabiduría.

—Tengo la entrada perfecta para el comienzo —sugirió Kendra, taladrándole con la mirada—. Querido diario: hoy me he comprado unos regalos de Navidad muy chulos con el oro que robé en Fablehaven. Fingí que los regalos me los mandaban unos parientes lejanos forrados de pasta, pero no he conseguido engañar a nadie y los Caballeros del Alba me han pescado y me tienen encerrado en una mugrienta mazmorra.

A Seth se le abrió la boca y se le volvió a cerrar varias ve-

ces, sin emitir ningún sonido, al iniciar y a continuación abandonar varias respuestas posibles. Después de carraspear un poco, finalmente logró decir:

—No lo puedes demostrar.

—¿Cómo sacaste el oro sin que nadie se enterase? —preguntó Kendra, asombrada—. Creía que el abuelo confiscó el tesoro que tú y los sátiros les birlasteis a los nipsies.

—No pienso mantener esta conversación contigo —dijo Seth con insistencia—. No sé de qué me estás hablando.

—Seguramente teníais varios alijos escondidos y el abuelo no dio con todos. Pero ¿cómo estás convirtiendo el oro y las joyas en dinero contante y sonante? ¿Vas a una casa de empeños?

—Esto es absurdo —mantuvo Seth—. Me parece que aquí la única que tiene una mente criminal eres tú.

—Ahora estás en guardia, pero lo he entendido todo hace un momento. ¡Ese oro no les pertenecía ni a Newel ni a Doren y, por tanto, no podían dártelo! Después de todo lo que ocurrió el verano pasado, ¿cómo pudiste salir por la puerta con un tesoro robado en tus bolsillos? ¿Hasta dónde llega tu falta de vergüenza?

Seth suspiró, derrotado.

—Los abuelos no lo querían para nada.

—Exacto, Seth, porque son los responsables de Fablehaven. Están tratando de proteger a las criaturas y las cosas que se esconden allí. ¡Es como si robases en un museo!

—¿Más o menos como cuando te llevaste la vara de la lluvia de Meseta Perdida? ¿O como cuando Warren se quedó con la espada que encontró allí?

Kendra se puso colorada.

—Técnicamente, la Meseta Pintada no formaba parte de la reserva de Meseta Perdida. Además, ¡yo no estoy trapicheando con la vara de la lluvia para comprarme una moto acuática! ¡Ni Warren está tratando de comerciar con la espada a cambio de una moto de nieve! Si tenemos estos objetos es, en parte, para protegerlos, ¡no para venderlos por una fracción de su auténtico valor!

—Cálmate, todavía tengo todo el oro.

—A lo mejor deberías dármelo a mí para que lo ponga a buen recaudo.

—Ni en sueños —se burló Seth. La miró con cara de pocos amigos—. Pero la próxima vez que vayamos a verlos, le devolveré al abuelo el tesoro.

Kendra se relajó.

—Eso no me parece mal.

—No me quedan muchas otras opciones, viviendo con la chivata más grande del mundo. ¿Y si te pago? ¿Guardarás silencio? Podría comprarte algunos regalitos flipantes de Navidad.

—Yo no me vendo por un ala delta.

—Podría ser cualquier cosa —le ofreció Seth—. Vestidos, joyas, un poni... ¡Cualquier chorrada de chicas que se te antoje!

—Lo más importante que deseo este año es que mi hermanito desarrolle un poco de integridad, para que pueda dejar de hacer de canguro suya.

10 —Siempre podría utilizar parte del oro para contratar a unos matones, para que te secuestren y te retengan hasta después de las vacaciones —sopesó Seth.

—Buena suerte con eso —replicó Kendra, haciendo una bola con la lista mecanografiada y tirando el papel a la papelerera, junto a la mesa. La pelota de papel rebotó contra el filo de la papelerera y aterrizó suavemente en el suelo.

Seth se agachó sin levantarse de la silla, agarró el papel arrugado y lo metió en la papelerera.

—Bonito intento.

—Bonita lista.

Kendra salió al pasillo dando grandes pasos y regresó a su habitación. El olor del humo de la vela flotaba aún en el ambiente, por lo que abrió la ventana, para permitir que se formase una corriente fría de aire. Agitó las manos para dispersar el olor y luego cerró la ventana y se dejó caer sobre la cama.

Incluso lejos de Fablehaven, dentro de su propia casa, con la vigilancia constante de unos guardaespaldas escondidos, ¡Seth seguía encontrando la manera de causar problemas innecesarios! En parte, deseaba poder compartir con su hermano el mensaje de Patton. Últimamente era la única persona con la

que podía hablar sobre esta clase de problemas. Pero no se atrevía contarle todo lo que había averiguado gracias al *Diario de secretos*. No tenía la menor duda de que, de un modo u otro, se las ingeniaría para hacer mal uso de esa información.

Su secretismo en relación con el diario había provocado algo de fricción entre ellos. Cuando hablaban del tema, él sabía por sus respuestas imprecisas que le estaba ocultando cosas. Pero como no podía traducir por sí mismo aquel texto críptico, no había nada que pudiera hacer respecto de la renuencia de su hermana a compartirlo con él.

Kendra rodó para ponerse boca abajo, metió una mano bajo el colchón y sacó cinco sobres sujetos con una goma elástica. No le hacía falta leer las cartas de Gavin, se las sabía de memoria. Pero le gustaba tenerlas en sus manos.

Le había prometido que intentaría cogerse uno de los turnos para ser su guardaespaldas, pero todavía no se había presentado. Como domador de dragones, poseía unas destrezas poco habituales que últimamente habían hecho falta en diversos rincones remotos del mundo. Por lo menos le había mandado cartas, que los guardaespaldas le habían entregado. En ellas compartía con ella detalles sobre sus tratos con dragones: los cortes para extraer tumores cutáneos del costado viscoso de un dragón alargado y fino; el estudio de una insólita dragona submarina que usaba densas nubes de tinta para confundir a su presa; el rescate de un equipo de expertos en hierbas mágicas de las garras de un fiero dragoncillo que tejía telas como si fuera una araña.

Por muy interesantes que fuesen los dragones, Kendra tenía que admitir que la parte que más le gustaba de sus cartas era cuando mencionaba que la echaba de menos o que estaba deseando verla otra vez. Cuando le respondía, dejaba claro que ella también estaba deseando volver a verle, pero esperaba no parecer demasiado ansiosa por el reencuentro. Cerró los ojos y se lo imaginó. ¿Era posible que en su recuerdo él estuviese cada vez más guapo?

Satisfecha después de haber sostenido un rato las cartas entre sus manos, volvió a guardarlas debajo del colchón. Había hecho todo lo posible por evitar que Seth supiese de la existen-

cia de esa correspondencia. Ya le encantaba chincharla diciendo que estaba loquita por Gavin. ¡No se quería ni imaginar que su hermano encontrara pruebas de que, más o menos, era cierto!

Desde la planta baja llegó el retumbar de la puerta del garaje al abrirse. Sus padres estaban en casa. Kendra saltó de la cama para coger el diario y el cabo de vela de la mesa y los subió a una balda alta de su armario, colocando delante varios jerséis doblados. Abrió la cremallera de la mochila y puso encima de la mesa un cuaderno y un par de libros de texto, aunque ya había terminado los deberes.

Kendra respiró hondo. Solo tenía que superar dos días más de colegio y, entonces, las vacaciones de invierno le permitirían relajarse y meditar sobre algunos de los asuntos que la tenían preocupada. Salió del cuarto y se dirigió a las escaleras, tratando de poner cara de no haber roto un plato, para saludar a sus padres.



2

Bulbo-pincho

*E*n el exterior del Instituto Wilson, el suelo estaba cubierto de una capa de nieve crujiente y moteada de tierra. Kendra bajó la escalinata hacia el bordillo. Montículos informes de nieve porosa flanqueaban la calzada y montañitas irregulares bordeaban la acera. Pese a que el firme parecía limpio, la chica pisó con cuidado por temor a que hubiera zonas con hielo. Un techo brumoso de nubes gris claro añadía un toque monocromático al gélido día.

13

Balanceando despreocupadamente su mochila, Kendra lanzó una mirada furtiva a los lugares en los que, por lo general, rondaban sus guardaespaldas y vio a Elise, apoyada contra un coche estacionado al otro lado de la calle, anotando a lápiz una palabra en un crucigrama. La mujer no le devolvió la mirada, pero Kendra sabía que vigilaba disimuladamente. Elise aparentaba treinta y pocos años; delgada, de estatura media, con el flequillo tan liso como una regla de medir. Kendra se preguntó si Warren la encontraba bonita.

Kendra continuó supervisando la zona mientras doblaba a la izquierda por la acera que discurría en paralelo a la calle. La mayoría de las veces conseguía localizar a Warren, pero hoy no se esforzó mucho, pues seguramente estaría velando por Seth.

Al llegar al paso de cebra, apretó el paso para cruzar al otro lado de la calle, y a continuación pasó por delante de la biblioteca en dirección a la mole del polideportivo. El bloque de ladrillo con forma de cubo albergaba una piscina de natación, una

sala de entrenamiento, una cancha de baloncesto, tres pistas de tenis, vestuarios y una guardería de amplias dimensiones. Kendra trabajaba como voluntaria en la guardería todos los días después de clase, hasta las cinco. Era un trabajo muy fácil e incluso a veces disponía de ratos muertos en los que aprovechaba para hacer parte de los deberes.

El colegio más próximo había dado por concluida la jornada antes que el instituto, de modo que cuando Kendra entró en el recinto de la guardería ya había niños coloreando dibujos, haciendo construcciones, peleándose por el mismo juguete y corriendo de acá para allá. Unos de los niños que había cerca de la puerta la saludaron llamándola «señorita Sorenson». Ninguno la conocía como Kendra.

Rex Tanner se encontraba al fondo de la sala, ayudando a un niño pecoso a echar comida para peces en el acuario. Rex era un hombre de Brooklyn, de mediana edad y tez aceitunada, que dirigía el centro infantil y mantenía un ambiente distendido. Tenía muy buena mano con los niños, de modo natural. Era como si nada lograra nunca sacarle de sus casillas.

14

Cuando el crío terminó con la tarea de los peces, Rex vio a Kendra y le hizo gestos con la mano para que se acercase, con una sonrisa en los labios más ancha de lo habitual. Su pelo rizado, su poblado bigote y sus gafas ligeramente tintadas significaban que siempre parecía que llevaba un disfraz malo. Cuando Kendra se le acercó, pudo oler que, como de costumbre, se le había ido la mano con la Old Spice.

—Eh, Rex —dijo.

—Kendra, qué alegría verte, qué alegría. —Daba igual si se dirigía a niños o a adultos: Rex solía hablar siempre como si fuese el presentador de un programa infantil de la tele. Juntó las manos dando una palmada y se las frotó. — Hoy vamos a explorar los cinco sentidos. Se me ha ocurrido una actividad muy divertida. Ven a ver qué te parece.

Ella le siguió hasta el mostrador del fondo de la sala, donde había cinco cajas de cartón cuadradas dispuestas en fila. Cada una tenía un agujero recortado en un lateral.

—¿Se supone que tengo que meter la mano para palpar lo que hay dentro? —preguntó Kendra.

—Bingo —respondió Rex—. Trata de adivinar lo que estás tocando. Ve de izquierda a derecha.

Kendra metió la mano en la primera caja y sus dedos resbalaron por la superficie de unas pequeñas esferas grasientas.

—¿Ojos fangosos? —tanteó.

—Uvas peladas —le desveló Rex—. Prueba con la siguiente.

Kendra metió la mano en la segunda caja.

—¿Intestinos?

—Fideos gruesos.

La tercera caja contenía gomas de borrar de diferentes tamaños. Kendra lo acertó. La cuarta al principio le pareció que estaba vacía, pero luego descubrió una cosa que al tacto parecía una patata. Estaba abriendo la boca para decirlo cuando notó un pinchazo en el pulgar. Ahogando un grito, Kendra sacó la mano.

—¿Qué era eso? —exclamó.

—¿Estás bien? —preguntó Rex.

—A ver si lo adivino: ¿un cactus? —Kendra se chupó la yema del dedo pulgar y notó sabor a sangre.

—Casi casi. Un higo chumbo. Es un fruto comestible. ¡Haría jurado que le había quitado todas las espinas!

Kendra negó con la cabeza.

—Pues te dejaste una.

Rex parpadeó y pareció perder un poco el equilibrio.

—Deja que vaya a buscarte una tirita.

Kendra se miró el pulgar.

—No, solo ha sido un pinchacito.

—Quizá será mejor que limitemos la actividad a cuatro cajas —decidió Rex.

—Seguramente. ¿Qué hay en la última? ¿Cuchillas oxidadas?

—Esponjas húmedas.

—¿No habrás utilizado ninguna para recoger trocitos de cristal rotos?

Rex se rio entre dientes.

—Deberían ser inofensivas. —Cogió la caja que contenía el higo chumbo.— Voy a guardar esto en mi despacho para quitarlo de la circulación.

—Buena idea —dijo Kendra.

Cuando Rex se marchó con la caja, se acercó Ronda, una mujer con sobrepeso, madre de tres niños, que trabajaba a tiempo parcial en la guardería del polideportivo, casi siempre en el turno de tarde.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Rex me hizo palpar el fruto de un cactus. Me he pinchado. Pero estoy bien.

Ronda movió la cabeza en gesto negativo.

—Para ser tan majo, puede ser un auténtico cabeza de chorlito.

—No ha sido gran cosa. Y me alegro de que la víctima no haya sido un niño de cinco años.

El resto de la tarde transcurrió apaciblemente. Kendra no tenía deberes urgentes que hacer, así que pudo relajarse y disfrutar con los niños. Organizó un juego de sillas musicales y un par de rondas del Dice Simón. Rex leyó un cuento, Ronda tocó el ukelele en el rato de la canción y la actividad del tacto fue todo un éxito. Pronto el reloj que colgaba encima del fregadero dio las 4.55 y Kendra empezó a recoger sus cosas.

16

Estaba poniéndose la mochila al hombro cuando Rex se le acercó por detrás.

—Kendra, tenemos un problema.

Ella se dio la vuelta y buscó con la vista por toda la sala algo que pudiera haberse roto o un niño que pudiera estar herido.

—¿De qué se trata?

—Tengo a un padre iracundo al teléfono, en mi despacho —dijo Rex con voz contrita—. Te necesito un momento.

—Claro —respondió Kendra, tratando de adivinar qué podría haber provocado la llamada telefónica.

¿Había ella amenazado injustamente a alguno de los chiquillos en los últimos días? No recordaba ningún incidente. Perpleja, siguió a Rex hasta el despacho. Él cerró la puerta y bajó las persianillas. El auricular del teléfono estaba descolgado, encima de la mesa. Rex indicó el teléfono a Kendra.

—¿Quién es? —preguntó ella moviendo los labios pero sin emitir sonido alguno.

Rex sacudió la cabeza para señalarle la otra punta del despacho.

—Para empezar, echa un vistazo a lo que hay detrás del archivador.

Arrugando la frente, Kendra se dirigió hacia el alto archivador de metal. Antes de llegar, una niña salió de detrás del armario. Una niña idéntica a Kendra. La misma estatura, el mismo pelo, la misma cara. Podría haber sido gemela suya, o algún truco hecho con un espejo. La réplica de Kendra ladeó la cabeza, sonrió y la saludó con la mano.

Kendra se quedó petrificada, tratando de procesar esa extraña visión. En los dos últimos años había visto cosas imposibles, pero nada más asombroso.

Aprovechando el silencio anonadado, Rex atacó por la espalda. Rodeó con uno de sus brazos el torso de Kendra y la estrechó burdamente contra sí mismo. Un trapo impregnado de un olor acre le cubrió la nariz y la boca. Ella opuso resistencia y se retorció, pero los efluvios del trapo enseguida la marearon. La habitación se movió a un lado y otro, y su sensación de urgencia fue borrándose. Con el sentido nublado, se hundió contra Rex y se dejó arrastrar a la inconsciencia.

17

Kendra recobró la conciencia de manera gradual. Primero oyó un murmullo lejano de niños y padres. Al intentar estirarse para desperezarse se dio cuenta de que tenía los brazos y las piernas atados. A medida que aumentaba su estado alerta, recordó su imagen refleja y que Rex la había atacado inexplicablemente. Intentó gritar, pero cayó en la cuenta de que tenía el trapo metido en la boca amordazada.

Fue entonces cuando abrió los ojos. Estaba en el suelo del despacho de Rex, atada a un madero. Un fuerte dolor le martilleaba la frente. Trató de zafarse, pero las ataduras estaban muy prietas y el tablón la mantenía inmovilizada. Presa del pánico, se concentró en respirar por la nariz y escuchó los sonidos de voces de niños y padres, que fueron menguando hasta que ya no se oyó nada.

Por la mente de Kendra cruzaron en tropel varios pensa-

mientos. ¿Podría llamar a las hadas en su ayuda? Hacía meses que no veía a ninguna. ¿Su estatus de hada le garantizaba alguna ventaja en una situación de aprieto como en la que se hallaba? No se le ocurría nada. Necesitaba un analgésico; le iba a estallar la cabeza. A lo mejor Warren la rescataba. O Elise. Lamentó que Gavin no estuviese ahí, velando por su seguridad. ¿Dónde estaba? La última de sus cartas procedía de Noruega. ¿Por qué le habían metido tanta tela en la boca? Uno de los fluorescentes del techo estaba fallando. ¿La echaría Ronda en falta y vendría a buscarla? No, para eso estaba el duplicado de Kendra. La impostora seguramente engañaría también a Warren y Elise. ¿De dónde había salido? ¿Era posible que Rex perteneciese a la Sociedad del Lucero de la Tarde? En ese caso, debía de haber sido algún tipo de agente encubierto a la espera de instrucciones; llevaba años trabajando en la guardería del poli-deportivo.

La puerta del despacho se abrió. Una oleada de esperanza desesperada embargó a Kendra, hasta que Rex se acercó a ella y se detuvo a su lado.

18

—Solos tú y yo, nena —dijo en tono agradable, agachándose.

Kendra protestó a través del trapo, con ojos suplicantes.

—¿No te gusta mucho la mordaza, eh?

Kendra meneó la cabeza a un lado y otro.

—¿Puedes tener cerrada la boca? Créeme, enseguida te anestesiaré de nuevo. —Abrió un cajón de la mesa y extrajo un frasquito y un trapo. Desenroscó el tapón del frasco, empapó el paño y lo dejó a un lado—. Grita, y lo lamentarás. Si crees que tienes un dolor de cabeza ahora, espera a probar una segunda dosis. ¿Me sigues?

Con los ojos abiertos como platos, muy brillantes, Kendra respondió que sí con la cabeza.

Rex le despegó la cinta americana de la boca y sacó la pelota de tela mojada de saliva. Kendra se lamió los labios. Notaba la lengua reseca.

—¿Por qué, Rex?

Él sonrió, entrecerrando los ojos tras las lentes ligeramente tintadas.

—Rex no te haría esto, mocosa. ¿No lo has pillado? Yo no soy Rex.

—¿Eres un transformista de algún tipo?

—No vas desencaminada.

—Erais dos iguales —dedujo Kendra—. Igual que había otra yo.

Rex se sentó en la silla, junto a la mesa.

—¿Quieres que te lo cuente? Para serte sincero, yo vengo de un árbol. Originalmente era una fruta. Un bulbo-pincho. Se supone que ya nos hemos extinguido, pero aquí me tienes.

—No lo entiendo.

Una sonrisilla empujaba las comisuras de sus labios.

—Cuando metiste la mano en esa caja, jugando al juego del tacto, un bulbo-pincho te picó. Los bulbo-pinchos deben ser manipulados con cuidado. Se convierten en el primer ser viviente al que pican.

—¿Ese clon de mí antes era un higo chumbo?

—Somos unos frutos asombrosos. Para que tenga lugar la metamorfosis hay que esperar noventa minutos. Durante todo el proceso de transformación continuamos extrayendo materia y nutrientes del árbol del que nos arrancaron. Luego, esta fabulosa conexión se rompe, sobrevivimos tres o cuatro días y, puf, nos morimos.

Kendra se quedó mirando a Rex, reflexionando sobre las implicaciones de lo que acaba de decir.

—Entonces, la Kendra bulbo-pincho va a hacerse pasar por mí.

—Es un duplicado fabuloso. Incluso posee casi todos tus recuerdos. Hará un magnífico trabajo imitándote. Tus guardianes también caerán en el engaño.

Kendra le miró con ceño.

—Si tiene mi misma personalidad, ¿por qué no me está ayudando?

Rex juntó las manos y entrechocó suavemente los dedos repetidas veces.

—Tu personalidad no. Tus recuerdos. O por lo menos, la mayoría de ellos. Al igual que cualquier otro bulbo-pincho, ella tiene su propia conciencia. También yo. Solo porque pueda ac-

ceder a los recuerdos de Rex no quiere decir que él mande en mí. Nosotros, los bulbo-pinchos, obedecemos las órdenes que se nos dictan después de nuestra transformación. Mis acciones están fijadas. Rex era complicado. Yo no. Fui creado con el objetivo de secuestrarte. Mientras Ronda dirigía la actividad de la canción, yo estaba dando instrucciones a tu duplicado.

—¿Y si desobedeces tus instrucciones y me sueltas? ¡Las personas que te han hecho son malas! ¿No querrás ayudar a los malos, verdad?

Rex rio entre dientes y sonrió de oreja a oreja.

—No malgastes aliento. Los bulbo-pinchos somos conde-nadamente leales, Kendra. Nuestra existencia funciona de un modo diferente a la vuestra. Nosotros cumplimos aquello para lo que hemos sido programados. A pesar de los gratos recuerdos que Rex tiene de ti, yo solo puedo verte como mi enemiga. Mala pata. Solo existiré otro día más, quizá dos. Tengo que cumplir mi cometido.

—¿Qué se supone que vas a hacer conmigo? —preguntó Kendra en un susurro.

—Entregarte a mi creador.

—¿Quién te creó?

Él enarcó las cejas.

—Ya lo verás.

—¿Vamos muy lejos?

Él se encogió de hombros.

—¿Está la Esfinge detrás de todo esto?

—¿Debería saber de quién me estás hablando?

Kendra apretó los labios.

—¿Cuál era la misión del otro bulbo-pincho?

—Hacerse pasar por ti es su tarea principal. Si tus guardianes creen que estás dormidita en tu cama, imagina lo fácil que será sacarte de aquí sin que se den cuenta.

—¿Qué otras cosas tiene que hacer?

Rex movió la cabeza afirmativamente y se inclinó hacia delante.

—Ya me advirtieron de que harías muchas preguntas y de que intentarías persuadirme para que te ayudara. Dijeron que debía ayudarte a entender lo que había ocurrido, que eso te

apaciguaría. No me contaron mucho más de lo que necesito saber. Te he dicho todo lo que podía contarte.

—¿Quién te programó?

—Hemos terminado con la conversación de momento.

—Rex, no lo hagas... Tú me conoces, tú no quieres hacerme daño. Rex, me matarán. Harán daño a mi familia. Rex, por favor, no te rindas ante ellos, es cuestión de vida o muerte. Están intentando acabar con el mundo.

Él sonrió como si las súplicas fuesen tiernas y patéticas.

—Ya basta de palabrería. Estoy bastante bien orientado, llevo más de un día en esta piel. No se me puede confundir ni persuadir. Vamos a disfrutar de un poco de música. A mí la música me gusta de verdad. Nunca antes había tenido orejas. No chilles ni intentes nada. Solo conseguirás empeorar las cosas.

Rex encendió la radio que había encima de la mesa del despacho y subió el volumen. Kendra supuso que el rock clásico cumplía el objetivo de ayudar a camuflar cualquier sonido que pudiera atreverse a hacer. Las guitarras chirriantes y las voces que se desgañitaban le hacían más difícil concentrarse.

¿Alguien se daría cuenta de esta artimaña? ¿Acudiría raudos y veloz Warren en su ayuda? ¿O Elise? ¿O Seth? ¿Cómo podrían imaginar siquiera que otro individuo había ocupado su lugar? Hasta que el propio doble de Rex se desenmascaró, Kendra no había pensado ni por un momento que pudiera tratarse de un farsante. Si la Kendra falsa poseía sus recuerdos, ¿qué información podría contarles a sus enemigos? ¿Qué podría robar? ¿A quién podría hacer daño?

Rex permaneció junto a Kendra sentado en la silla, observándola pacientemente, golpeando de vez en cuando una batería imaginaria. No daba señales de bajar la guardia en ningún momento. Por mucho que lo intentase, Kendra no podía imaginar ningún modo de salir de semejante aprieto. Era una trampa perfecta, imposible de prever. La Esfinge debía de andar detrás de ello. ¿La llevaría Rex ante él? ¿Cuándo? Cerró los ojos y, tratando de anular en su cabeza el sonido de la música rock, ansió tener un plan. Se sentía totalmente perdida.

Fablehaven

LOS SECRETOS
DE LA RESERVA
DE DRAGONES

